

PRESENTACION

Hace ya unos años que la *Societas Oecumenica* viene ocupándose de manera particular de la eclesiología en relación con el Movimiento ecuménico y el diálogo teológico interconfesional. Así, después de la IIIª Consulta (Roma 1984), dedicada a las confesiones de fe, la IVª Consulta (Erfurt 1986) estuvo dedicada al difícil problema de saber qué tipo de eclesialidad asiste al Movimiento ecuménico [«¿Neutralidad eclesiológica en el Movimiento ecuménico?»: cf. *Diálogo Ecuménico* 23 (1988) 287-322; 24 (1989) 42-71, y 289-319]. La Vª Consulta, cuyos materiales de trabajo ofrecemos ahora en las páginas que siguen, se celebró en el Instituto Ecuménico de Bossey, en los alrededores de Ginebra, que pertenece al CEI y está entregado particularmente a la tarea ecuménica de la Iglesia Ortodoxa.

Tema de esta asamblea, celebrada del 29 de agosto al 3 de septiembre, fue «Universalidad y contextualidad. Estudios para una eclesiología ecuménica». Era ciertamente complicado, pues se trataba de ver sobre qué presupuestos confesionales de orden dogmático se avanza hacia una concepción común de la Iglesia. Según estos presupuestos, operativos de hecho detrás de cada una de las confesiones cristianas, se propugnan unos u otros «modelos de unidad», que durante las dos últimas décadas vienen pugnanando por abrirse camino en el Movimiento ecuménico. Su tipificación es cada vez más clara, igual que sus aciertos y posibilidades, de una parte; y sus dificultades, de otra.

Las respuestas a la *Relación de Lima (Bautismo, Eucaristía y Ministerio, 1982)* vienen a sacar a flote las pretensiones y alcance de estos modelos. Justo la ponencia del Prof. Anton Houtepen muestra bien a las claras sus paradigmas eclesiológicos y las potencialidades ecuménicas

que encierran, no menos que sus límites. Claro que estos modelos de unidad han debido seguir a la aceptación de la pluralidad de eclesiologías desde la célebre «Declaración de Toronto» (1950). Cumplió a la Declaración dejar bien marcadas las competencias del CEI y el camino hacia la unidad, al restarle al organismo interconfesional todo carácter de *superiglesia* y cualquier competencia sobre sus miembros (las iglesias), que llevase a la relativización de los presupuestos dogmáticos de las confesiones, que alimentan en ellos su eclesiología.

Entre tanto cada vez se ha venido haciendo más clara la pluralidad eclesiológica que el mismo Nuevo Testamento acoge en su diversidad literaria. La ponencia del Prof. James D. G. Dunn afronta la difícil aproximación a esta cuestión. Difícil porque entre los presupuestos dogmáticos de algunas de las iglesias, como es el caso de la Iglesia Católica y de la Iglesia Ortodoxa, en particular, está el de atribuir al mismo NT, leído en la fe de la Iglesia que lo reconoce como palabra divina, el ser origen y norma del desarrollo del protocatólicismo. Las iglesias de tradición católica ven en él el fundamento de la articulación de la Iglesia en tanto que creación divina, que despliega sus propias potencialidades en el tiempo bajo la acción del Espíritu Santo. Se comprende en este horizonte la ponencia del Prof. Harald Wagner, que como teólogo católico, se esfuerza en ella por sentar el alcance, ciertamente, pero también los límites dados por la misma naturaleza dogmática de la Iglesia, de la *conciliaridad* como principio de articulación de la unidad eclesiológica deseada por los protagonistas del diálogo teológico interconfesional. La ponencia de la Dra. Mercy Amba Oduyoye, bien conocida en los círculos de trabajo del CEI, propuso a los asambleístas un paradigma cultural como el de la «familia africana» que permite integrar el «parentesco» cristiano como marco de acción ecuménica, alejada de toda rivalidad que desconociera la «unidad en la diversidad» que ese «parentesco» representa.

Acompañaron la discusión y el debate que siguió a estas ponencias, el trabajo de los seminarios. Fueron tres, con los temas: «Tareas prácticas de una teología del Reino de Dios» (con tesis de los profesores W. Hryniewicz, de Varsovia, y A. González-Montes, de Salamanca); «Misión y Ecumene» (con una contribución, en particular, del Prof. M. Spindler, de Leiden) y «Teología feminista y ecumenismo» (con tesis de las doctoras Bárbara Boeker, de Müns-

ter, y Anne-Marie Korte, de Utrech). La actualidad de los tres temas no necesita defensa. La preocupación por la presencia transformadora de los cristianos en el mundo y la necesidad de fundamentar su acción humanizadora sobre la claridad dogmática: está bien legitimada en esta hora histórica. La preocupación, la acción misionera de la Iglesia no lo está menos. La búsqueda del lugar que la mujer ha de tener en la Iglesia es causa de especiales dificultades en el diálogo ecuménico. ¿Cómo no habría de presentarse atención a este difícil asunto? ¿Basta para solucionarlo la sola sociología del conocimiento o la crítica de la religión? El camino habrá de buscarse en la indagación fiel de la revelación divina.

Bien comprenderá el lector que, al editar ahora estos materiales, esperamos que contribuyan a dar a conocer el estado actual de la reflexión ecuménica sobre la eclesiología como presupuestos insoslayables del diálogo teológico interconfesional.

ADOLFO GONZALEZ-MONTES